

NUESTRA DANZA está demasiado cerca para juzgarla: pero no hay ninguna duda sobre su importancia.

DANZA MEXICANA 1956

MIENTRAS el mundo entero del ballet se entrega de lleno a la tarea de reeditar continuamente las páginas blancas de los legados antiguos y en las suntuosas escenas ecuménicas y graneuropeas se repiten a diario las planas poéticas de los refinados galos, de la grandilocuencia rusa, del estilismo nórdico, en México, en su Palacio de Bellas Artes, en sus escuelas y sus improvisados salones de ensayo, ha germinado una forma distinta del arte coreográfico como resultado de dos tradiciones ajenas y de una propia mucho más remota en sus purezas, a veces sólo comprensible a nuestro especial modo de entender. Se ha logrado desarrollar, en breve, otra fórmula vital, distintiva, de arte nacional, semejante a la que hoy persigue y hace fructificar la pintura de nuestro país: la danza mexicana.

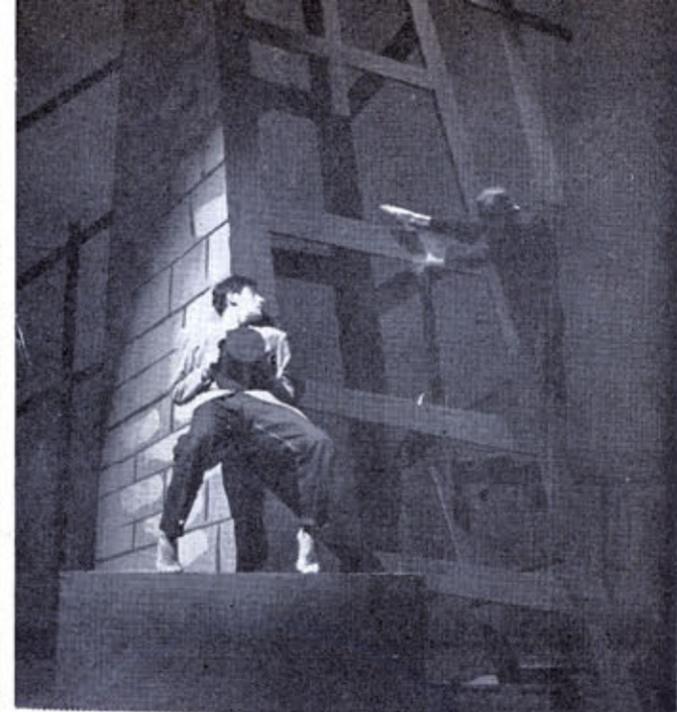
Un intrascendente vistazo a lo que sucede en el exterior puede ilustrar mejor esa afirmación.

El pueblo de los Estados Unidos logra mantener en actividad constante tres grandes empresas de ballet: el de Monte Carlo, el de la Ciudad de Nueva York y el Ballet Theatre, con sus respectivas escuelas. Asimismo, mantenidas por los particulares, las Operas de Nueva York, Chicago y San Francisco cuentan con sus propias compañías de ballet. Puede afirmarse que en cada pueblo de la Unión existe por lo menos una escuela que se encarga de avivar el interés por la danza clásica. La llamada Danza Moderna Norteamericana (de la cual México ha tomado ya debida nota), que al principio bebía en fuentes exóticas, extraterritoriales al realismo, hoy pugna por resurgir desde una base nacionalista dirigida que, por desgracia, no presenta la necesaria fortaleza

porque, a falta de tradiciones, segadas por los imperativos de conquista y expansión, los Estados Unidos han tenido y tienen que importar danza de Francia, Inglaterra, Italia, España, Rusia, Alemania, India, las Américas, etc., resultado de lo cual hoy día, en aquella entidad, nacen y se despliegan mejores coreógrafos e intérpretes del ballet que en sus cunas, Francia e Italia; mejores artistas de *español* que en España, ejecutantes únicos de danzas orientales, etc.; pero no existe una danza con características norteamericanas.

Canadá cuenta ya con dos importantes compañías de ballet. Guatemala, El Salvador, Brasil, Argentina y Perú también alimentan del pan blanco del clasicismo coreográfico. Perú, gracias a una antigua bailarina clásica norteamericana, se distingue por haber iniciado la tarea de incorporar su riqueza propia centenaria al baile internacional; pero la ha hecho traducir al ballet, estilizándola.

El enorme mausoleo de ámbito patriarcal, Europa, presenta dos o tres frentes de nacionalismo: España, Yugoslavia y Checoslovaquia. El ballet sigue siendo amo y señor en todo el resto, inclusive en las dos últimas naciones exceptuadas. Todavía existen ballets reales en Dinamarca, Suecia y Noruega, a los que acaba de sumarse Inglaterra, con magníficas compañías y artistas extraordinarios. Rusia no sólo es dueña de los dos grupos más perfectos del mundo (en primer plano desde hace un siglo), sino que ha invadido a China, cuyos seiscientos millones se deleitan ahora ante las evoluciones de *ballerinas* que no fueron arrancadas a la policroma porcelana milenaria. Pero en la URSS todo el contenido de la danza multinacional es traducido al lenguaje tradicio-



NUESTROS ARTISTAS han adoptado un lenguaje común a los mexicanos.

NO SE ESPECULA sobre ideas importadas.

HA QUEDADO claro el surgimiento de nuevas fórmulas.

Un Arte Coreográfico Nuestro

LUIS R. SANCHEZ ARRIOLA

nalista; la riqueza colorista de sus bailes sirve a veces para espaciar frialdades magníficas, o viceversa, aunque no ha llegado a producirse en forma superior, y continúa parasitando al ballet.

El resto de Asia y Oceanía —excluida temporalmente, por juvenil a fuerza, el Africa— siguen asombrando al universo con sus danzas ancestrales, filosóficas y exóticas que parecen surgir del propio ombligo de la prehistoria, inmutadas. En ellos, no ha penetrado aún el occidentalismo del ballet.

De vuelta en el país de los mexicanos, nos hallamos ante el panorama coreográfico que va integrándose a la vista de quienes han ido a observarlo, a través de una reestructuración minuciosa de lo que desarrollaron en doscientos años nuestros más cercanos antepasados puros, mediante el análisis de ritmos, armonías, documentos y síntesis plásticas todavía más antiguos, tamizándose sobre los escenarios de México la tranquilizadora esencia de nuestras pisoteadas, auténticas filosofías. El ballet vino a presentar sus respetos en seis ocasiones; los caudillos de la danza moderna germana y norteamericana, también. Algunos efectos de ambas cortesías son demasiado evidentes; pero esto que llamamos la danza mexicana parece más bien asentarse sobre los dos pilares extranjeros (por la forma —aunque universales teóricamente—), y no convertirse, sometida a cualquiera de ambos, en parásita.

Nuestros artistas han adoptado un lenguaje que es común a todos los mexicanos y que, poco a poco, va haciéndose comprensible e interesante a los demás, de la misma forma en que las lenguas coreográficas ajenas han ido apoderándose de la inteligencia nacional. Habrá, naturalmente, quien sonría al leer que la danza mexicana puede salvar nuestras fronteras con seguridades anticipadas de éxito. Estas buenas personas constituyen el canchero bloque *malinchista* y para ellas es pues la información siguiente: A la temporada 1956, asis-

tieron los representantes culturales de los Estados Unidos, Francia, Rusia, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Noruega y otros, todos coincidentes en que sus respectivos países deben trabar contacto con las artes coreográficas mexicanas por sus positivas realizaciones y sus magníficas posibilidades. La opinión de estos países también está de acuerdo con nuestra aseveración de nacionalismo en la danza. No sólo quedó claro para ellos el hecho de que afirmaba el surgimiento de una nueva fórmula, sino el más satisfactorio de que esa ecuación, cuya incógnita —resuelta— es el espectáculo formal, se compone de factores en que aparecen firmes los rasgos de la nacionalidad. En la música, desde su esencia y funciones hasta su actual transposición en orquestas universales con refuerzo nacional. En la obra coreográfica, separada y conjunta (con algunas salvedades), donde se conjugan nuestras más apreciadas tradiciones. En las plásticas escénicas, distintivas siempre, hoy muestra del heroísmo, de la libertad y de la gran verdad mexicana colgada en los museos de todo el mundo, como ayer, refiriéndose a nuestros monumentos, motivo de que el primer oleaje de conquista informara al imperio: *...Tienen casas tales y tan maravillosas... de que en España no hay su semejante...*

Zapata fue el primer ensayo de nacionalismo que en las artes escénicas ha alcanzado proyección internacional. Con música de J. Pablo Moncayo, coreografía de Guillermo Arriaga, diseños de Luis Covarrubias, ejecutado por el coreautor y por Rocio Sagoón, se estrenó en Rumania hace cuatro años, razón extraña al éxito que esta pieza en tres tiempos mereció en su propia tierra. El último, *Cuauhtémoc*, que aprovecha la *Cuauhnáhuac* de Revueltas, escenificación del mismo Arriaga con diseños de Federico Canessi, fue un experimento todavía más ambicioso.

Ya no se trata pues de que los jóvenes artistas de la danza en México adapten sus ideas y sentires

a las fugas de Bach, los rondós mozartianos, las ternuras exquisitas del impresionismo o las violencias rapamontes de los nuevos rusos. No necesitan ya especular alrededor de misteriosas filosofías importadas o componer sobre plásticas que han indigestado el realismo del mexicano. Ahí está el ballet *Los Gallos*, obra magnífica del compositor Raúl Cosío, del coreógrafo Farnesio de Bernal, autor también de la puesta en escena; todos mexicanos, inspirados en lo nuestro. Cosa tan sencilla como una pelea de gallos, como el enfrentarse de dos generaciones o de dos ideas, o de dos machos; pero resuelta en todas sus partes en forma bella, equilibrada dentro de un marco que tiñe nuestras verdades con nuestros brillantes colores. *La Luna y el Venado*, que podría haber sido creada en cualquier país, una de las obras maestras del ballet mexicano, se siente, se identifica tan nacional como *Tierra*, por ejemplo. De las baladas de Jiménez Mabarak, la del *Venado y la Luna* acierta a expresar con voces más hermosas y puras el latido antiguo y presente, la idea perenne que nace simultánea sobre las playas, las sierras y las planicies, dentro de los corazones de los apasionados y los místicos mexicanos. El antiguo y original decorado de Rufino Tamayo, superior en todos conceptos, ha sido repuesto por una obra ajena a la idea poética de Jiménez Mabarak y Ana Mérida, diseñado por Leonora Carrington y, desde luego, bastante espectacular. Pero, *Tierra*, de Moncayo, Noriega y Morales; *El Sueño y la Presencia*, de Arriaga, Contreras y Chávez Morado; y los mencionados antes son la columna vertebral de un repertorio netamente representativo de este movimiento nacional extraordinario, entre el *Tonanzintla* de Soler, Limón y Covarrubias y *El Deportista*, de Bernal y Gutiérrez Heras.

Lo tenemos, quizá, demasiado cerca. Habría que dejarlo salir un poco, para poder sentir su verdad desde la lejanía de un aplauso extranjero, siempre y en todas partes más atractivo y elocuente.